

EL PAPA EN POLONIA

HAY varias reflexiones que hacerse en los primeros días de la visita del Papa Juan Pablo II a Polonia: la primera que un Papa realiza a un país dirigido por un Partido Comunista. La primera es que muchas personas se habrán quedado asombradas, ante las imágenes y las narraciones, de haber estado tanto tiempo engañadas por las leyendas de la persecución y martirio de las religiones, y especialmente del catolicismo, en los países comunistas.

La segunda es la constatación de que la enseñanza de la filosofía marxista y leninista del materialismo, la descripción de las religiones como "opio del pueblo" o elemento alienador, la práctica del laicismo y la profesión del ateísmo han conseguido muy poco o nada en casi cuarenta años. La religión católica está viva. Si la visita del Papa, conocedor perfecto del país en que ha nacido, ha vivido, hasta ahora, tenía ese objeto, lo ha cumplido perfectamente. La demostración está he-

cha. Pensemos que una cosa son los diálogos filosóficos entre cristianos y marxistas, que tienen una finalidad de comprensión mutua y de busca de mínimos de entendimiento, y otra es esta visita útilmente forzada, que tiene carácter de enfrentamiento, dentro de unas normas, de unas reglas de juego. Wojtyla, hasta ahora, ha ganado la partida.

Conviene pensar también en que la Iglesia, dentro de su unidad, es enormemente varia. En principio, hay una gran diferencia entre la Iglesia militante, que apoya a minorías marginadas y oprimidas, como en el Ulster, o que representa una reacción global frente a unos medios de Gobierno, como en Polonia, y otra es la Iglesia triunfante como en España o como en Italia, que ha podido representar una parte del poder, y del abuso del poder; que ha amparado partidos políticos y forzado el voto. Si en Polonia representa una libertad frente a un totalitarismo, un derecho humano, una filosofía y una conducta —y también, no lo olvidemos, puede ser utilizada por los enemigos interiores y exteriores del régimen como temible arma—, en España ha sido una forma de opresión y ha participado precisamente en la persecución de minorías de otras religiones —o de ninguna religión—, hasta de otras políticas. Y aún hoy sigue tratando de imponer moldes y condiciones de vida a la totalidad de la sociedad.

Juan Pablo II, que se está popularizando enormemente como "el Papa Wojtyla" (no es una expresión incorrecta, y se ha usado siempre; pero en este caso se ha extendido tanto su uso que casi ha desaparecido el nombre oficial), como si se quisiera subrayar su personalidad humana, su condición de hombre y de personaje, es el mejor propagandista de la fe que haya tenido la Iglesia en años, quizá en siglos. Está realizando, por encima de teologías, una restauración de los valores tradicionales y conservadores de la Iglesia; está rehabilitando fes perdidas o tibias. En los años recientes sólo otro hombre público ha conseguido una proyección personal de sus ideas tan fuerte como Wojtyla: el que fue primer ministro soviético, Krutchev.

Aunque, sin que esto disminuya el valor de su personalidad, se encuentra sin respuesta. Percute en un mundo de ideales desmoronados, de decepciones, de desencantos; un mundo sin hombres fundamentales, sin doctrinas fundamentales. Está prácticamente solo en esta gran arena de las filosofías prácticas. Nadie le disputa la clientela. ■ J. A.



El "Papa Wojtyla" llega a su país natal, Polonia.